

# LA CENA DE LOS EUROPEOS

**E**L presidente Giscard ha invitado a cenar a los jefes de gobierno europeos —de la Comunidad, se entiende— para este sábado, 14 de septiembre. Según su espectacular estilo de lo no espectacular: sin protocolo, sin conferencia de prensa, sin discursos, sin brindis, sin comunicado final. Nueve comensales principales, una charla de sobremesa —antes y después, algunas entrevistas dobles y múltiples, algunos apartes, algún juego de ministros, embajadores, adjuntos— con un viejo tema, al que se trata de dar algún contenido nuevo: Europa. Una «réfance», dicen en París, de la idea de Europa. Ya pasaron revista en su «tête à tête» Giscard y el alemán Schmidt a algunos de los problemas: pero no quieren que se les acuse de conspiradores, de hegemónicos, de apartados: rápidamente, mucho antes de lo que se esperaba, han convocado la «cumbre», dentro del marco de la camaradería y de la sencillez.

**E**UROPA, se sabe, es una vieja dama que viene dando traspies por una escalera descendente desde hace un par de años; más rápidos aún en el último año, desde el octubre pasado. Trataba de desprenderse de los Estados Unidos, y no lo consiguió. No ha conseguido desprenderse de ningún lastre. La independencia de Europa, con la que se soñaba, no ha conseguido hasta ahora más que una Europa dependiente de todo y de todos. Las monedas bailan una giga demoníaca, y los banqueros no duermen; alguno, como el Lloyd de Londres, ha sufrido ya graves mordeduras de estas monedas rabiosas (cuatro mil millones de pesetas de pérdidas). El fin de semana pasado se han reunido en un castillo próximo a París los ministros de finanzas de Estados Unidos, Japón, Gran Bretaña, Francia y la RFA; no se saben —al escribir estas líneas— sus resultados. Se comentarán en la cena del día 14 en el Elíseo, y en ella también se prepara alguna posición relativamente común —nada hay menos común, por el momento, que la Comunidad— ante la Asamblea del Fondo Monetario Internacional, que se celebrará en octubre (Washington). Mientras las monedas danzan, los precios suben. Europa es víctima de las exigencias de precio de las materias primas. Se vio lo que pasaba con el petróleo, no se ve tanto lo que está pasando con otros productos. Por ejemplo, el azúcar. En el mercado libre de materias primas de Londres ha subido el 250 por 100 en ocho meses: comienza a escasear. Es una curiosa historia bastante ilustrativa: con el nuevo dinero ingresado en los países árabes por el precio del petróleo aumentado, éstos están adquiriendo materias primas consideradas como de primera necesidad para el alimento de sus poblaciones: una de ellas es el azúcar. Los países vendedores de azúcar reciben así más dinero, que, a su vez, pueden emplear en adquirir otros productos que les son necesarios y de los que carecen (Cuba, en cuanto el bloqueo termine, y está por terminar, cuando venda su azúcar en los mercados libres y a precios crecientes, podrá adquirir artículos, naturales o manufacturados, de los que tiene auténtica necesidad). Está ocurriendo así, ya que los países subdesarrollados pueden aumentar algo, poco, su nivel de vida. Pero ese algo, o ese poco, repercute sobre Europa, y en alguna manera sobre Estados Unidos, enfermos también de inflación, pero que aún manejan —por situación imperial— los grandes mercados, influyen sobre los precios, tienen en sus manos las industrias de transformación, que a su vez elevan los precios. En resumen, Europa no puede desprenderse de estos mercados mundiales que la condicionan políticamente, ni de los Estados Unidos. Ahí vino el apretón Nixon-Kissinger de hace unos meses, y no hay que esperar que Ford (y, claro, Kissinger) vaya a cambiar esta política.

**P**OR eso la cena de los europeos en el Elíseo será una cena delicada y difícil. La «réfance» tiene más límites que nunca. Difícilmente va a escapar, como era la tendencia de los dirigentes de la hornada anterior —los Pompidou, los Heath, los Brandt—, del atlantismo impuesto por los Estados Unidos. No son antiatlánticos los nuevos políticos. Wilson ha jugado el juego de los americanos siempre; no ha sido nunca europeísta, y si Gran Bretaña está todavía bien anclada en la Comunidad, es por la situación precaria del gobierno laborista. Puede ocurrir que las elecciones de octubre decidan la cuestión, dando a Wilson el apoyo popular que necesita (los pronosticadores, por ahora, dicen que las nuevas elecciones no van a resolver tampoco la situación, y que el gobierno tendrá que seguir siendo minoritario); Giscard es proamericano, por lo menos en relación con el «desafío» de sus predecesores, De Gaulle y Pompidou; lo es también Helmut Schmidt en mayor proporción que Brandt, y los italianos no tienen grandes opciones en estos momentos en que sus finanzas son las peores del continente.

**E**N estas condiciones, Giscard d'Estaing ha hablado —el 27 de agosto— de un plan para acelerar la reunificación de Europa; lo ha tratado en su conversación directa con Schmidt el 2 de septiembre y lo va a «charlar» con los otros europeos el día 14. Donde Pompidou y Brandt veían la posibilidad de una Federación, Giscard ve la de una Confederación: digamos que un grado menos o la posibilidad de una conservación mayor de características nacionales por encima de las supranacionales. Donde Nixon-Kissinger veían una comunidad atlántica, y donde Pompidou-Brandt querían ver un aislamiento de los Estados Unidos, Giscard debe estar viendo un sistema de comunicaciones entre los Estados Unidos y Europa, una posibilidad de consultas continuas y mantenidas; menos una institución compacta atlántica, más que un sistema propio independiente (menos y más en el sentido del acercamiento o alejamiento de los Estados Unidos). No debe creer que los Estados Unidos y Europa formen un todo político con respecto al mundo en torno, porque ello sería admitir la hegemonía de los Estados Unidos, que llevan su política internacional con una desenvoltura absoluta (se quejan de que Europa trata de actuar por su cuenta, pero no producen la menor consulta a Europa de todas sus actividades e intervenciones globales).

**P**UEDEN ser éstos los grandes rasgos del plan de Giscard, y puede ser algo de lo que se entrevea en la cena del Elíseo. A pesar de ciertas reticencias alemanas federales en las conversaciones del 2 de septiembre, Schmidt es consciente de que este plan no es desagradable y no perjudica en nada a su país. Alemania Federal aparece hoy como una especie de país modelo, tanto en lo que se refiere a progreso industrial como en la lucha contra la inflación.

**E**N este proyecto —reconstruido por simples infiltraciones o por frases aisladas— es en el que la izquierda francesa, y especialmente el partido comunista, ve una entrega a los «barones de la industria», o la gran banca a las sociedades multinacionales y, en resumen, a los miembros de las clases privilegiadas. No le falta alguna razón. La Confederación estaría hecha a base de las defensas de las monedas y del contenimiento de los impulsos populares hacia la mejora económica. La izquierda pretendía otra Europa, la sigue pretendiendo y está dentro de lo posible. Se trataría de una Europa donde, en primer lugar, los sindicatos estarían unidos, hasta la gran aspiración de un solo gran sindicato europeo



Un espectacular estilo no espectacular: ocho charlas sencillas, sin protocolos, sobre un viejo tema, al que Valéry Giscard d'Estaing trata de darle algún contenido nuevo: Europa. En la foto, con el ministro de Asuntos Exteriores griego, George Mavros.

por cada gran central —socialista, comunista, etcétera—, lo cual parece absolutamente necesario en un momento en que hay grandes masas de trabajadores que pasan por encima de las fronteras y que se ven relegados a una condición de parias en los países que les acogen. Estos trabajadores se encontrarían protegidos por el mismo sindicato al que estuviesen afiliados en su país y en cualquiera de los otros países de la Comunidad. En segundo lugar, se establecería la Europa de los partidos, y los partidos estarían representados en un Parlamento europeo del que ahora sólo hay un mbrión y al que envían delegaciones pluripartidistas cada uno de los Parlamentos nacionales. En este caso, sería nutrido por elección directa y simultánea, y los candidatos estarían suministrados por los grandes partidos supranacionales. Finalmente, este Parlamento sería el censor de un gobierno europeo, que propondría las leyes comunes para su enmienda y votación, y que tendría capacidad en ciertos asuntos para imponer una legislación también supranacional. Es decir, los grandes temas europeos, entre ellos los de política internacional (sus relaciones con los Estados Unidos, con la URSS, con los países del tercer mundo; su posición adecuada en cada uno de los conflictos que se presentasen o se pudieran presentar), serían debatidos ampliamente y decididos en el Parlamento, en el que habría sesiones de investidura —aprobación de los gobiernos propuestos—, votaciones de confianza... En resumen, una Europa parlamentaria, democrática, mayoritaria, popular.

**P**ARECE claro que la primera condición para ello sería que los países integrantes —y los que quisieran adherirse— se democratizasen a sí mismos. Y admitiesen este peso de las clases

populares, lo cual está lejos todavía de suceder en algunos de ellos, bien tengan un gobierno de derecha —Francia, Italia—, bien un gobierno considerado por costumbre como de izquierda, porque el partido dirigente tiene nombre socialista (Alemania Federal, Gran Bretaña, Bélgica). Paradójicamente, esta Europa sería menos inaccesible por razones económicas —como sucede hoy con Portugal, Grecia, España— que por razones políticas (como seguiría sucediendo con España, a menos de una modificación profunda de sus estructuras sindicales, parlamentarias y de partido).

**Y** sin embargo, es fácil que esta vez cuaje el europeísmo del reformista Giscard o de la derecha socialdemócrata alemana; no estaría ahora combatido por los Estados Unidos, que no tendrían ocasión de inquietarse, y las clases económicas que dirigen el continente pueden ver en él una posible salida para sus dramas económicos y financieros.

**E**N tanto llega a suceder la verdadera democratización europea y la construcción del continente sobre las bases de la izquierda populares, no sería enteramente desdeñable esta posibilidad comunitaria de ahora. El reformismo giscardiano está lejos de ser inútil en Francia, donde puede servir ahora para barrer ciertos restos de la derecha más cerril y abrir el paso a conquistas de la sociedad aperturista; no tiene por qué desempeñar otro papel en Europa. La creación de unas bases confederales y de unos métodos de entendimiento puede ser más aprovechada ulteriormente que esta decadencia de la idea europea y este aplastamiento por los polos que se está advirtiendo desde hace ya un año. ■